

Estudios Sociales

Año 54, Vol. XLV-Número 166

Julio-diciembre 2022

Reflexiones sobre lenguaje e identidad

Julia Álvarez*

A menudo me hacen la pregunta sobre la identidad, si me considero dominicana o estadounidense. Encuentro que estas categorías binarias, o esto / o lo otro, preguntas reductoras, no capturan con precisión la hibridez y los matices de cómo nuestras culturas, idiomas e identidades de «origen» evolucionan y operan en «tiempo real» en un mundo complejo e interconectado.

Supongo que podría decir que soy totalmente americana, es decir, el término americano en el sentido hemisférico: mis raíces, mi historia, mi lengua materna, mis ritmos, mi alma provienen del Caribe, la parte sur de las Américas, pero mi educación, formación, mi oficio, han crecido y florecido en suelo americano. Panamericana, ¿tal vez eso es lo que debería llamarme a mí misma?

La separación por sílabas es otro modelo de identidad transcultural. A menudo en los EE. UU. me describen como dominicana-americana. Al menos esto me permite reclamar dos de mis múltiples identidades. Pero de nuevo, estas categorías no hacen justicia a la diversidad dentro de estas dos categorías, una diversidad que se mantiene cambiando y evolucionando.

Por ejemplo, ¿cuál de mis dos culturas es la dominante? Depende. Si paso unas semanas en la República Dominicana

* Escrito en Santiago de los Caballeros, los días 15-17 de febrero de 2020, con motivo de la presentación de la edición dominicana de *Borders of dominicanidad* de Lorgia García Peña, publicado por la Editorial Universitaria Bonó.

visitando a la familia, hablando e interactuando en español, mi «yo» estadounidense, comienza a girar hacia mi «yo» dominicano. Al regresar a mi casa en Vermont, la balanza se revierte a medida que me sumerjo en esa cultura e idioma. Pero el lado no dominante no «desaparece» totalmente. Sigue ahí, dejando sus huellas en todo lo que hago y digo. Al igual que la costa, las identidades están en constante cambio: la marea a veces es baja y a veces alta, la costa es una línea cambiante desigual. Incluso cuando el mar se retira, deja muchos tesoros atrás (además de llevar algunos consigo) lo que nos recuerda que pertenecemos no solo a la tierra firme sino también al mar.

Prefiero el modelo de hibridación, que se adapta a una persona cuyas raíces se originaron en una isla, el más permeable de los paisajes geográficos, absorbiendo las muchas nacionalidades, culturas e identidades que han entrado y se han asentado allí. Las islas tienen que ver sobre todo con los accesos. Son esponjas, que absorben las muchas influencias que entran, y van creando combinaciones y disolventes que salen en las diásporas, cambiando a dónde van y siendo cambiadas a la vez. No hay tal cosa como «pureza» en este modelo. La diversidad es mucho más interesante, vital, viva y sostenible.

Cuando llegamos al idioma, parece más fácil separar y asignar identidad: soy inglés dominante. O soy bilingüe. Pero incluso aquí, vuelvo a esa costa. Aparentemente, como escritora, me siento más cómoda en inglés. Es el lenguaje de mi educación y en el que he aprendido a cultivar como escritora y a pensar como académica. Pero mis libros están llenos de las historias, historias, personajes, leyendas, de mis raíces dominicanas: la familia García, las hermanas Mirabal, Salomé Ureña, Camila Henríquez Ureña, la Vieja Belén, la Virgen de la Altagracia, las Ciguapas! He dominicanizado la literatura estadounidense al introducir a mis lectores estadounidenses a mi cultura de origen, su cocina, figuras históricas y sus familias.

Pero más allá del contenido de mis historias hay influencias más sutiles de mi dominicanidad. Me di cuenta de esto du-

rante un tour de uno de mis libros cuando un miembro del público me desafió con la pregunta: «¿Cuándo vas a escribir oraciones más cortas?» Qué pregunta, ¿verdad? No entendía a qué se refería. Pero esa noche en mi hotel, abrí un libro que había traído en mi gira, una colección de cuentos de Raymond Carver, un escritor estadounidense establecido y de excelencia. Empecé a contar las palabras en sus frases. Carver promedió unas diez palabras por frase, a veces un poco más, tal vez veintiuna, a veces menos. Cuando hice un recuento de palabras similar para *En el tiempo de las Mariposas*», mis oraciones promediaban más de treinta o más palabras, ¡a veces tan altas como sesenta, setenta! Otras veces el conteo era mucho más corto, pero definitivamente había un ritmo diferente en mi sintaxis, un *swing* curvilíneo en mi prosa. Y fue entonces cuando me di cuenta de que mi sentido del lenguaje, su lirismo, sintaxis y ritmos eran más latinos/dominicanos que angloamericanos. Estaba «escribiendo mi español en inglés».

No dejamos nuestras raíces atrás; dibujamos en el suelo que fuimos sembrados y nos alimentamos con sus minerales y mitologías, ritmos y sintaxis, colores, olores, sonidos, diferentes lentes para ver y entender el mundo.

¡Creo que esto es muy esperanzador! Nosotros que somos transnacionales (¿y quién no lo es en estos días?) no somos «tribus perdidas» o incluso dominicanos de la diáspora, somos el futuro. La hibridez es en lo que se está convirtiendo nuestra familia humana en nuestro mundo interconectado. Ser un híbrido significa que ayudamos a crear puentes y conexiones entre culturas, no solo intelectualmente, sino por lo que somos. Encarnamos integraciones e interacciones que se tornaran aún más críticas, si nuestras especies han de sobrevivir en este frágil planeta de recursos que rápidamente van decreciendo.

Jean Rhys, una escritora de Dominica, una isla tocaya de la República Dominicana, una vez comparó a los escritores con los ríos que fluyen a través de un país y un paisaje específico, pero que, en última instancia, desembocan en el mar. Dijo

que debemos «alimentar al mar, alimentar al mar». Me encanta esa imagen: cada uno de nosotros como un río, arroyo o riachuelo con una trayectoria específica, historia, u origen paisajístico pero que en definitiva fluye y enriquece el océano que nos incluye a todos.

Ese parece ser un lugar vital y esperanzador para poner fin a estas divagaciones sobre lo que soy: un río que se mezcla de las muchas aguas que me han hecho ser quien soy, a medida que fluyo a través de Santo Domingo y Nueva York, Santiago e Illinois, Jarabacoa y Vermont, para finalmente contribuir con mis aguas a alimentar el océano donde todas mis identidades finalmente se disuelven en un todo.